

FUNCIÓN DE LA DIPLOMACIA

Lane Wilson viola el derecho internacional

“El fin esencial de la diplomacia —dice el maestro Calvo— es asegurar el bienestar de los pueblos, mantener entre ellos la paz y la buena armonía, garantizando siempre la seguridad, la tranquilidad y la dignidad de cada uno de ellos.”

El señor Lane Wilson, lejos de mantener la armonía entre su país y el nuestro, se puso de acuerdo con los rebeldes al Gobierno quebrantando el respeto que debía a la dignidad del estado mexicano representado por el Gobierno Constitucional del Presidente Madero.

“El diplomático en el territorio que ejerce sus funciones —dice el internacionalista italiano Giulio Diena—, tiene el deber esencial de no tomar ninguna ingerencia en los negocios interiores del estado.” Lo mismo dice el jurisconsulto inglés Oppenheim, al sostener: “Se debe especialmente hacer énfasis en el deber de los enviados diplomáticos de no intervenir en la política del país en que están acreditados.”

Igual tesis sostiene el profesor argentino Antokoletz al decir: “El agente diplomático debe respetar la soberanía del estado extranjero, no inmiscuirse en sus asuntos internos o externos, ni favorecer a los partidos políticos en la lucha.”

Podría multiplicar las citas acerca de este deber primordial de un diplomático, pero con las anteriores basta para darse cuenta cabal de que Henry Lane Wilson violó estos principios del derecho de gentes, no sólo mezclándose en nuestros asuntos internos de una manera flagrante, irrespetuosa y cínica, sino que favoreció con todo descaro a uno de los partidos en lucha, hasta hacerlo triunfar.

El ejercicio de la diplomacia —he dicho en mi opúsculo *Condiciones que han menester los diplomáticos*— requiere, desde lue-

go, una facultad de gran peso, en el éxito o fracaso de los negocios internacionales: el tacto.

Esta cualidad, innata en el hombre, pero desarrollada, y también, a veces, adquirida a fuerza de experiencia social, no es la inteligencia, ni la ilustración, ni el *savoir faire*, ni la simpatía personal, ni el agudo ingenio, ni la discreción; nada de eso aisladamente, sino todo eso en conjunto, con otros factores del espíritu, que no es sencillo determinar ni definir.

El señor Wilson parecía estar reñido con el tacto, pues su carácter versátil, e irascible sobre todo cuando estaba bajo la influencia del alcohol, lo inclinaba a la desatención, al tono imperativo, descortés y desdeñoso. De esa suerte dicho personaje nefasto estaba muy lejos de ser el digno representante del gran pueblo norteamericano que merecía tener en México un caballero que tuviera las cualidades innatas de los norteamericanos bien nacidos, la franqueza y la decencia, cualidades legendarias heredadas de sus mayores los *gentlemen* ingleses que han dado en el mundo la pauta de la hidalguía y de las buenas maneras.